

El sector agrario del Ecuador: incertidumbres (riesgos) ante la globalización

Francisco García Pascual
Universidad de Lleida, España

Email: Garcia.Pascual@geosoc.UdL.es

Fecha de recepción: agosto 2005

Fecha de aceptación y versión final: diciembre 2005

Resumen

El artículo ofrece una visión de conjunto del sector agrario ecuatoriano. Incorpora, por una parte, el escenario esbozado por las conflictivas coyunturas políticas y económicas por las que ha atravesado el país. Por otra, el rechazo a cualquier imagen de inmovilismo o de homogeneización de la agricultura y/o del espacio rural ecuatoriano. Plantea asumir los retos y las incertidumbres que la globalización neoliberal impone al mundo agrario y al mundo rural del Ecuador, desde la perspectiva de las respuestas locales a los impactos derivados de procesos globales. En este sentido, entre 1980 y 2005, el sector agrario ecuatoriano ha dibujado una trayectoria marcada por cuatro hechos: a) la consolidación de unas estructuras que siguen siendo muy desequilibradas social y territorialmente, b) una ralentización del crecimiento de la frontera agrícola, un aumento de las tierras dedicadas a pastos, una reorientación de las tierras cultivadas en beneficio especialmente de ítems exportadores o de demanda masiva urbana, y un incremento considerable de la actividad ganadera, c) una notable alza de la producción física junto a un significativo decrecimiento de los precios percibidos por los agricultores en términos reales, y d) una notable expansión de las exportaciones agrícolas, lo que ha posible merced a una sensible disminución de los precios unitarios de los bienes agroalimentarios vendidos al exterior.

Palabras clave: agro, Ecuador, globalización, desarrollo, economía agraria

Abstract

The article offers a comprehensive vision of the Ecuadorian agrarian sector. On the one hand, it incorporates those conflicting political and economic conjunctures in which the country has been involved. On the other hand, it rejects any image of do-nothing policy or of homogenization of agriculture and/or the Ecuadorian rural space. In this sense, between 1980 and 2005, the Ecuadorian agrarian sector has drawn a trajectory marked by four facts: a) the consolidation of structures that continue being very unbalanced social and territorially, b) a less fast growth of the agricultural border, an increase of lands dedicated to grass, a reorientation of lands cultivated in benefit of exporting items or about urban massive demand, and a considerable increase of the cattle activity, c) a remarkable rise of the physical production that joins to a significant decrease of the prices perceived by the agriculturists in real terms, and d) a remarkable expansion of the agricultural exports, what is possible thanks to a sensible diminution of the unitary prices of the sold agro-alimentary goods to the outside.

Keywords: agrarian sector, Ecuador, globalization, development, agrarian economy

Desde hace ya unos cuantos meses el sector agrario ecuatoriano vive inmerso en la vorágine de las negociaciones relativas a los posibles acuerdos del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos¹. En marzo de 2005 finalizaba la octava ronda de negociaciones en Washington², que continuaba en el mes de abril con la novena ronda a celebrar en Lima y, sorprendentemente, en realidad el debate se está ubicando en cómo, cuándo y para qué productos el Ecuador abre su mercado interno a las exportaciones agroindustriales estadounidenses. La paradoja es, pues, evidente³ y delata claramente uno de los rostros de la globalización, ya que en buena medida lo que está sucediendo no es más que la consecuencia directa del proceso de reestructuración que vive el capitalismo mundial. Y éste lo entendemos como un estadio de desarrollo del mismo, que vendría definido en última instancia por el incremento muy significativo de las interrelaciones económico-comerciales y tecnológicas desequilibradas entre los distintos territorios y países, por la asunción del acervo de políticas económicas neoliberales

como el referente político indiscutible y, finalmente, por convertir al ámbito financiero y de los movimientos de capital en el espacio central de acumulación del sistema. Un proceso que comporta, entre otras cuestiones, la consolidación de la posición periférica en el sistema de numerosos países, como bien reflejan estas negociaciones en torno al TLC. Pero, al mismo tiempo, acontece una eclosión de respuestas adaptativas a esa forzosa inserción en la globalización neoliberal, de signo muy diverso, a pesar de lo cual unas u otras se caracterizan por ser respuestas (estrategias) formuladas desde lo local.

Más allá de esta consideración inicial -que no debieran perder de vista los negociadores ecuatorianos-, es notorio que desde hace dos largas décadas el sector agrario ecuatoriano se desenvuelve en un mar de transformaciones contradictorias y pluriformes en cuanto a sus causas, consecuencias y protagonistas. Debemos aquí rechazar cualquier imagen de inmovilismo de la agricultura o del espacio rural del país. En este sentido, podemos apuntar cuatro factores principales que explicarían en buena medida dichas mutaciones: el primero estriba en los avatares y vaivenes delimitados por la coyuntura política, el segundo estaría determinado por el afianzamiento de las políticas macroeconómicas neoliberales -una especie de ajuste estructural permanente-, especialmente de aquellas que han tendido a la liberalización del comercio exterior y a la dolarización, el tercero se centra en los propios cambios que se están produciendo en el sector agrario, entendidos como estrategias de adaptación a las modificaciones del escenario comercial agrario internacional, a las transformaciones de la demanda urbana interna y a las propias tensiones de unas estructuras agrarias fuertemente desequilibradas espacial y socialmente, y el cuarto nos pone de manifiesto la presión que sobre algunos ámbitos muy concretos del sector agrario y del mundo rural,

1 Para el MAG (2004) los objetivos de estas negociaciones (las oportunidades) serían: consolidar los productos agroindustriales que se exportan por ATPDEA y SGP, es decir un 30% del total exportado por Ecuador a USA (el restante 70% ya tiene 0% arancel en USA); atraer inversiones para la producción en el Agro con mayor valor agregado e innovación tecnológica; y generar oportunidades de mercado para nuevas agroexportaciones.

2 Véase Boletín No. 44 del DCS/Ministerio de Agricultura y Ganadería del Ecuador. También resulta interesante consultar el documento de 20 de julio de 2004 del MAG, preparado por el Grupo de Negociación Agraria del Tratado de Libre Comercio Andino (TLCA): *Lista preliminar de solicitudes de acceso real a EEUU. Ámbito agrario (Desgravación inmediata y eliminación de medidas no arancelarias)*, que se puede consultar en la página web www.mag.gov.ec

3 Compárese la situación ecuatoriana con las implicaciones que para el agro mejicano está ya teniendo el TLC, véase en este sentido el análisis que realiza Rosenzweig (2005).

especialmente de aquellos situados en los alrededores de las aglomeraciones de Quito y Guayaquil, están ejerciendo nuevas funciones que aquél y éste desempeñan o pueden desempeñar para la formación social ecuatoriana (como potencial espacio de uso residencial, de deslocalización industrial o terciaria o como sustrato territorial del ocio y del turismo).

A estos factores hemos de unir tres consideraciones más de suma importancia. Así, por un lado, estos años, como es bien conocido, también han visto la consolidación del modelo de desarrollo del Ecuador articulado en procesos de acumulación que se asientan básicamente en la exportación de productos agroindustriales y en materias primas energéticas más, ahora, la “exportación de fuerza de trabajo” (tal vez quepa reseñar que este proceso de hondo calado histórico ha alcanzado un más que notable grado de complejidad en estos últimos años). Por otro, este período reciente ha vislumbrado la definitiva “consolidación” del frágil Estado ecuatoriano, entendiendo esa fragilidad en términos de su débil capacidad normativa, en términos de su fracaso como una administración garante de unos mínimos sociales generalizados, en términos de su incapacidad de ordenar y gestionar una política económica independiente y, por último, en términos de su insolvencia para construir el andamiaje de una institucionalidad estable, democrática e inclusiva. La evolución del Ecuador de estos últimos años demuestra fehacientemente estos procesos. Y, finalmente, la aparición -o fortalecimiento en todo caso- de nuevos actores agrarios y/o rurales: los organismos y organizaciones que intervienen bajo el paraguas de la acción al desarrollo, y los movimientos sociales de diversa índole que han emergido durante estas últimas décadas y han conseguido cierto grado de incidencia en la vida pública -siendo especialmente significativo el caso de la CONAIE-.

En el presente trabajo pretendemos ofrecer, pues, una visión de conjunto del sector agrario ecuatoriano, teniendo muy presente este escenario que acabamos brevemente de esbozar e, igualmente, asumiendo los retos e incertidumbres que la globalización neoliberal impone al mundo agrario y rural del Ecuador.

Estructuras agrarias y desigualdad en el acceso a los medios de producción, especialmente a la tierra

A pesar de que podríamos argüir que existe una multiplicidad de características que definen al sector agrario en un país tan heterogéneo como el Ecuador, sin embargo, es indiscutible que la principal sigue siendo la existencia de unas estructuras agropecuarias desequilibradas e inequitativas. Ello es especialmente significativo en cuanto a la distribución de la tierra se refiere, pero es perfectamente extensible a otros medios de producción y capital -desde el ganado a la maquinaria, desde la disponibilidad de productos fito y zoonutrientes hasta el acceso al capital circulante o la información-. Como es bien conocido, en el Ecuador desde mediados de los años sesenta del siglo XX hasta la actualidad, las estructuras agrarias⁴ han sufrido el impacto de la intervención estatal mediante sendas leyes que promovían reformas agrarias en 1964 (Ley de Reforma Agraria y de Colonización) y en 1973 (Ley de Reforma Agraria), y de la importante modificación de la política agraria de estructuras producida durante los años noventa al albor de la imple-

⁴ Conjuntamente con estos cambios de orden legislativo que afectaron a las estructuras agrarias, hemos de poner de manifiesto el gran papel desempeñado por otra acción impulsada directa o indirectamente por la administración; nos referimos a la colonización de nuevas tierras.

Cuadro No. 1. Evolución de las estructuras agrarias del Ecuador						
Tamaño de las explotaciones	censo 1954 explotaciones	censo 1974 explotaciones	censo 2000 explotaciones	censo 1954 %	censo 1974 %	censo 2000 %
menos de 5 ha	251.686	346.877	535.309	71,05	66,82	63,51
de 5 a 20 ha	67.650	96.360	176.726	19,10	18,56	20,97
de 20 a 100 ha	27.742	64.813	111.290	7,83	12,48	13,20
más de 100 ha	7.156	11.091	19.557	2,02	2,14	2,32
Total	354.234	519.141	842.882	100,00	100,00	100,00
Tamaño de las explotaciones	censo 1954 explotaciones	censo 1974 explotaciones	censo 2000 explotaciones	censo 1954 %	censo 1974 %	censo 2000 %
menos de 5 ha	432.200	538.700	774.225	7,20	6,78	6,27
de 5 a 20 ha	565.800	935.300	1.706.794	9,43	11,77	13,81
de 20 a 100 ha	1.138.700	2.664.700	4.614.436	18,98	33,52	37,35
más de 100 ha	3.863.000	3.810.800	5.260.375	64,39	47,94	42,57
Total	5.999.700	7.949.500	12.355.830	100,00	100,00	100,00

Fuente: Censos agrarios de 1954, 1974 y 2000 (INEC).

mentación de las políticas neoliberales en este campo (Ley de Desarrollo Agrario de 1994)⁵.

De alguna manera, las reformas agrarias iniciales tuvieron un doble rostro: por un lado, facilitaron la consolidación del capitalismo en el sector agrario ecuatoriano al promover la transformación de las grandes haciendas en grandes unidades de producción capitalistas y, por otro, generaron las condiciones para el acceso a la tierra de un número muy considerable de personas -proceso combinado con la colonización de nuevas tierras- que, no obstante, derivó en la emersión de una enorme bolsa de minifundios. La Ley de 1994 rompe

ese esquema y define como objetivo primordial la eliminación de los obstáculos legales/institucionales que impiden la inserción del conjunto del sector en el capitalismo agroalimentario internacional, lo que supone situar a las “leyes del mercado” y a la “competitividad” como los elementos nucleares de las políticas agrarias. Sin embargo, o como consecuencia buscada de las mismas, después de estas cuatro largas décadas de intervención pública, la realidad de las estructuras agrarias en el Ecuador sigue siendo profundamente injusta. Fijémonos en que si en 1954 el índice de Gini era de 0,86, en 1974, después del primer período reformista, éste solamente descendió a 0,85, mientras que desde esa fecha hasta el último censo de 2000 dicho índice apenas se contrajo hasta colocarse en el 0,80⁶ (valor, por cierto, muy parecido al de Brasil).

5 Jordán (2003:5) señala que “la expedición de la Ley de Desarrollo Agrario puso punto final a los esfuerzos reformistas y, consecuentemente, en la actualidad, todos los estudios muestran que es el mercado el que se ha constituido en la forma predominante de reasignación de la tierra. En consecuencia, se ha venido produciendo un proceso de reestructuración fundaria que afecta fundamentalmente a pequeños propietarios, [que] sin opciones locales migran y tempranamente las nuevas generaciones son quienes pagan los costos en las incertidumbres, el abandono y la descomposición social”.

6 No debemos perder de vista el papel de las pautas hereditarias en amplias zonas del país (especialmente en la Sierra) que acabaran reforzando (y acelerando) el proceso de “minifundización de los minifundios” surgidos de la Reforma Agraria,

En efecto, a la hora de valorar las potenciales consecuencias del proceso de globalización neoliberal en el campo ecuatoriano, no podemos soslayar que según el censo de 2000 de las casi 842.900 explotaciones o unidades de producción se contabilizaron un 63,5% que tenían menos de cinco hectáreas, sumando el 6,3% de todas las tierras agrarias. Es más, de ellas, 244.000 contaban con menos *de 1 hectárea de superficie, el 29%, y únicamente agrupaban con el 0,8% de la tierra.* Por el contrario, las unidades de más de 100 hectáreas, las grandes explotaciones, eran poco más del 2,3% del total, pero concentraban el 42,6% de la tierra. Las unidades de menos de cinco hectáreas, las pequeñas explotaciones, básicamente agricultura familiar, solamente registraban una media de 1,4 ha/unidad, que se reduciría a 0,9 ha/unidad si sólo hablásemos de tierras cultivadas (es difícil pensar que con esta dimensión se puedan obtener unos ingresos que permitan un nivel de vida razonable). Las grandes explotaciones tendrían una media de 269 ha/unidad, y en términos de espacio cultivado el índice sería de 37 ha/unidad –la distancia entre ambas cifras se explica por la importancia que en las mismas desempeñan los pastos permanentes destinados a la alimentación del ganado–.

Un sistema productivo agrario heterogéneo y cada vez más dependiente del sistema agroalimentario

La agricultura ecuatoriana está viendo estos últimos años cómo la expansión de la frontera agrícola se ha detenido, al mismo tiempo que sigue dándose un crecimiento acelerado de los pastos permanentes y una reorientación interna de usos de la tierra en términos de cultivos. Desde 1961 hasta 1990, atendiendo a los datos de la FAO, se registró un aumento continuo de las tierras cultivadas,

pasándose de las 1.698.100 hectáreas (ha) a las 2.925.000, lo que implica una ganancia absoluta de 1.226.900 hectáreas. En cambio, entre 1990 y 2004, igualmente se contabilizó un alza pero notablemente más modesta, de apenas 61.000 hectáreas. En esos mismos períodos, los pastos permanentes pasaron de 2.200.000 ha en 1961 a 4.921.000 ha en 1980, para después mostrar una ralentización de su crecimiento, puesto que los datos de 2004 hablan de unas 5.121.000 ha. En conjunto, pues, la superficie agraria (cultivos más pastos) que se incrementó en el Ecuador en 3.947.900 hectáreas entre el 1961 y el 1990 (un 101%), en la última etapa sólo habría crecido en 261.000 ha (un 3%). Otro aspecto relevante de esta evolución, y estrechamente relacionado con lo anterior, es que este crecimiento de la superficie agraria se ha hecho a costa de las masas forestales, que sumando las otras pérdidas inducidas por otros usos (abertura de bosques para explotaciones petrolíferas, usos urbanos y residenciales, infraestructuras, etc.) ha supuesto la merma, entre 1961 y 2004, del 26% de la superficie forestal del Ecuador.

La reorientación interna del uso de tierra en los distintos cultivos está siendo muy intensa, y responde fundamentalmente a la conjugación de las coyunturas del mercado de determinados productos (especialmente de aquellos ligados al mercado internacional y a los intereses de la agroindustria mundial) y a la multiplicidad de estrategias adaptativas de la pequeña y mediana agricultura familiar ante la evolución de los precios percibidos, de la carestía de los insumos que se necesita adquirir y de la propia inestabilidad (volatilidad) económica general que ha imperado en el Ecuador en los postreros ejercicios. Vale la pena destacar, por ejemplo, que entre 1990 y 2004 se ha vislumbrado una merma de la superficie dedicada al café de 111.900 hectáreas, lo que representa un 27% menos, como también se han reducido las tierras dedicadas

a fibras primarias, a caña de azúcar y a barbechos. Por el contrario, en ese lapso de tiempo las tierras destinadas al cultivo de frutas han crecido en 194.400 hectáreas, un 70% más, aumentando asimismo los cereales (especialmente el maíz y el arroz), el cacao, los cítricos, las legumbres y los cultivos oleaginosos (estos últimos, sin embargo, lo han hecho en una magnitud muy inferior a la fuerte eclosión que registraron la década anterior).

Lógicamente, estas mutaciones, a las que habríamos de añadir las acontecidas en la ganadería (aumento de la cabaña vacuna, porcina y aviar, incremento de la presencia de unidades productivas que muestran un uso intensivo de la tecnología y de inputs industriales y alcanzan escalas de producción elevadas), han tenido una incidencia importante en la evolución de las producciones agropecuarias. Aunque, no obstante, la considerable disparidad de pisos ecológicos y zonificación climatológica más los efectos de determinados fenómenos como el Niño, han condicionado nítidamente ese devenir de la actividad agrícola y pecuaria. En términos físicos, entre 1990 y 2004 la producción global del sector agrícola se incrementó un 27%. No obstante, la mitad de este dato corresponde a un incremento de la superficie cultivada y la otra mitad al desarrollo en el rendimiento medio. Así, por ejemplo, los cereales, que son el principal cultivo del país, tuvieron un rendimiento medio de 1.011 kg/ha en 1961, que fue creciendo hasta los 1.640 kg/ha de 1980, los 1.724 kg/ha de 1990 para llegar a los 2.142 kg/ha de 2004. Estos datos muestran una trayectoria positiva -inducida por el incremento de las tierras regadas, la mejora de las semillas e insumos utilizados y por un mayor uso de maquinaria-, pero esta visión positiva que parecería demostrar las bondades de la modernización tecnológica del sector agrario acontecida al albor de las políticas conservadoras y liberales, debemos matizarla indicando que en realidad la brecha de productividad

entre este país y los países más “desarrollados” no ha hecho más que aumentar. Efectivamente, si en 1961 el rendimiento medio de los cereales en los EEUU era de 2.203 k/ha, 2,1 veces superior al ecuatoriano, en el año 1980 aquél alcanzó los 3.840 kg/ha, 2,3 veces el ecuatoriano, para situarse en el año 2004 en los 5.915 kg/hg, 2,8 veces el registrado en el campo del Ecuador. Es lógico pensar que, más allá del discurso oficial, en realidad el uso de recursos tecnológicos en el proceso productivo o la reorganización del mismo en términos de optimizar los recursos empleados en relación a los bienes obtenidos, que podrían ayudar a incrementar esos rendimientos, no es muy alto, sino más bien lo contrario. Fijémonos, en este sentido y hablando en general de todo el sector agrícola, que si en 1980 en el campo ecuatoriano había 6.200 tractores de todo tipo, en el 2004 había 14.800, de lo que deducimos un crecimiento del 139%; ahora bien, esto significa que en este año 2004 había en el Ecuador 200 hectáreas cultivadas por tractor, mientras que en los Estados Unidos había 37 y en la Unión Europea 12. La brecha de mecanización es, pues, incuestionable y muy probablemente mayor, dado que una proporción elevada de esta maquinaria se concentra en las grandes unidades productivas. Así, el censo agrario de 2000 reflejaba que solamente el 1% de las explotaciones agrarias ecuatorianas tenía un tractor como mínimo (índice que en la UE se acercaba al 90%)⁷.

En todo caso, los crecimientos absolutos más significativos se han registrado en la pro-

7 Con esta comparación, en ningún caso queremos defender que el modelo agrario estadounidense o el europeo sea el “mejor” o el “modelo al que aspirar”. Lo que pretendemos es llamar la atención de que luego de dos décadas “modernizando el agro ecuatoriano”, pretendidamente para conseguir una mejora substantiva de los niveles de productividad, competitividad y rentabilidad, en realidad, la brecha entre el campo del Ecuador y el de los EEUU y el de la UE es cada vez mayor.

ducción de frutas (incluye el banano) que pasó de las 5.720.900 tm en 1990 a las 7.415.300 tm en 2004, es decir un alza del 29,6%. Se destaca también la producción de cereales que entre ambas fechas ascendió desde las 1.383.700 tm a las 1.911.400 tm, un 38% más. Caso aparte, sin duda, lo supone la producción de flores, que ha vivido esta década una verdadera explosión, y ha vislumbrado un alza desde las 13.100 tm conseguidas en 1990 a las 101.000 tm del año 2004, un 669% más. Por el contrario, ítems tradicionales en el agro ecuatoriano como el cacao han observado una disminución de la producción del 39%, del orden del 13% en el café o del 0,3% en la caña de azúcar. En el lado de los bienes ganaderos podemos constatar un ascenso constante y muy considerable de las producciones, con registros sin precedentes históricos en este país andino. Por una parte, el volumen de cabezas sacrificadas de ganado vacuno -que puede ser un buen indicativo de la producción de vacuno engordado y vendido para su sacrificio-, ha crecido un 71% entre 1990 y 2004, proporción que ha sido del 158% en el ovino, del 76% en el porcino y del 206% en los pollos (este sería el ítem pecuario más ligado a la industria agroalimentaria, como sabemos). Por otra, la producción de leche igualmente ha crecido en ese lapso de tiempo en un 49% y la de huevos en un 36%.

Esta dinámica mantenida por la actividad agraria se traduce en unos valores económicos cuya evolución ha estado definida por un crecimiento relativamente importante pero inestable, basado notablemente más en el aumento físico de las producciones que en el de los precios. Además, como veremos a continuación, dicha evolución ha consolidado un modelo agrario fuertemente concentrado tanto en términos empresariales -y, por lo tanto, dadas las estructuras existentes, socialmente injusto-, como en términos territoriales. Hechos a los que debemos añadir una

progresiva pérdida de peso en la economía nacional, ya que en 2004 el agro -sin la pesca- generó el 6,4% del PIB del país (y ocupaba al 26% del empleo).

En efecto, si atendemos a los datos elaborados por el Banco Central del Ecuador, el valor añadido bruto (VAB) generado por la agricultura, la ganadería y la silvicultura -no incluye la pesca- creció entre 1990 y 2005 en un 3,4% de media anual en términos nominales⁸, mientras que en términos reales (deflactados, por tanto) lo hizo en un 4,7% anual. ¿Cómo se explica esta diferencia? Se explica porque los precios implícitos en el VAB agrario han mostrado una trayectoria netamente negativa en esta etapa: con una caída media anual de -1,3%. Este hecho nos induce a pensar que se habría registrado una contundente disminución real de los precios percibidos por los agricultores, consecuencia directa, sin duda, de las políticas macroeconómicas neoliberales aplicadas en este país andino, como también derivada de los intereses de la industria agroalimentaria nacional⁹ e internacional que, para mantener sus tasas de beneficios, necesitan contener o reducir los costes de las materias primas -los productos agropecuarios en este caso- que utilizan en el proceso productivo. Lógicamente, ello ha debido tener una grave incidencia en las rentas realmente generadas por esta actividad para el conjunto de los agricultores ecuatorianos. Además, ello ha acontecido en un contexto de profunda inestabilidad económica general que ha vivido el Ecuador en estos años y que, entre otras cuestiones, ha supuesto que entre 1990 y 2005 la inflación media anual haya sido del 32,2%. Se entiende, pues,

8 El dato de 2005 es una estimación provisional efectuada por ese organismo oficial.

9 Hemos de reseñar, al mismo tiempo, que una parte de la industria agroalimentaria ecuatoriana se ve a su vez tensionada por los intereses de la industria agroalimentaria mundial, especialmente de las grandes multinacionales del sector.

cómo la pobreza ha aumentado nítidamente durante estos años en el campo ecuatoriano¹⁰. Y más cuando la acción pública correctora de estas desigualdades ha sido prácticamente inexistente.

De todas formas, estas cifras elaboradas por el Banco Central del Ecuador se quedan cortas si las comparamos con las estimaciones que realiza la FAO. Este hecho nos parece muy importante, en tanto que puede ayudar a entender por qué no ha “estallado el campo”. En este sentido, por nuestra parte hemos realizado una estimación del valor de la producción agraria del Ecuador para 2002, teniendo en cuenta los datos de producción por productos y sectores que se derivan de las encuestas ESPAC 2002/2003¹¹ que ha efectuado el INEC y los precios percibidos por los agricultores para esos mismos años y que se pueden consultar en la base de datos del Proyecto SICA (Ministerio de Agricultura y Ganadería) y en la base de datos FAOSTAT de la FAO. Los resultados de nuestra estimación se aproximan notablemente a los calculados por la FAO, y son muy superiores a los que obtiene el Banco Central del Ecuador. De esta comparación tal vez lo más significativo sea que para el conjunto del período analizado, 1990 a 2005, el valor económico de la agricultura (medido como producción final y como valor añadido bruto, la diferencia entre uno u otro concepto son los gastos en *inputs* necesarios para el proceso productivo) podría ser en realidad entre un 60% y un 70% superior al consignado por el BCE en su contabilidad¹².

10 El censo de población de 2001 estimaba que la “pobreza” en las áreas rurales (contabilizando sólo las parroquias de menos de cinco mil habitantes) del Ecuador, a través del concepto de necesidades básicas insatisfechas, era del 86,7% (!).

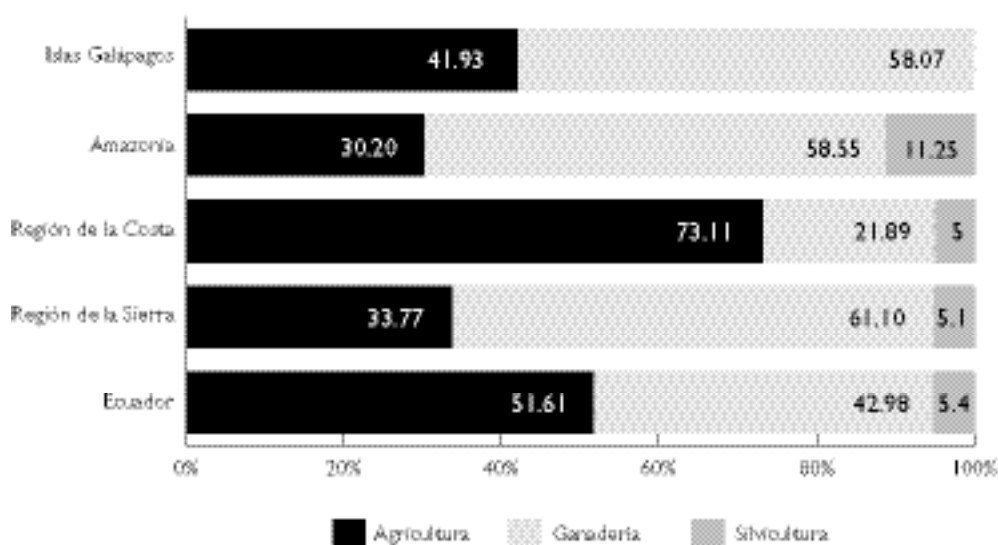
11 Encuesta de superficie y producción agropecuaria continua del INEC.

12 Según la FAO, el valor añadido agrario de 2002 sería de \$3.183,9 millones y para el Banco Central del Ecuador de \$1.917,2 millones, mientras que la producción agraria sería de 4.788,9 millones y de 2.883,6 millones respectivamente.

Si partimos de nuestra estimación, el valor de la producción agraria (que básicamente es la suma del valor de los bienes vendidos en la explotación) ecuatoriana en el año 2002 fue de 4.623,3 millones de dólares y el valor añadido generado -su aportación al PIB del país- ascendería a 2.912,6 millones de dólares. Las actividades agrícolas alcanzaron una producción de 2.386,1 millones, un 51,6%, la ganadería los 1.987,2 millones, un 43%, y por último los ítems forestales y silvícolas unos 250 millones, un 5,4%. Ahora bien, el grado de especialización es mucho mayor de lo que en principio se podría pensar, dado los dispares pisos agroecológicos del Ecuador. En este sentido, baste retener que solamente la producción de frutas, cuyo valor ascendía a 1.077,4 millones de dólares, suponía el 23,3% de la producción agropecuaria de Ecuador. A continuación se situaban la obtención de leche con un 15,7%, la carne de bovino con un 10,8%, los cereales con un 9,3%, la carne de pollo con un 8,8%, las flores con un 6,7% y la carne porcina con un 5,6%.

Sin embargo, la conjunción de estos valores con los distintos pisos agroecológicos, las estructuras existentes y la dotación de medios de producción, coadyuva a que se manifieste una elevada concentración territorial de la actividad agraria y una considerable especialización espacial, en términos económicos. Por una parte, la región de la Sierra acaparó el 48,6% del valor de la producción agraria ecuatoriana, mientras la Costa acumuló el 45,8%, quedando muy lejos la Amazonia con 5,5% y las islas Galápagos con 0,1%. Al descender a nivel provincial, observamos que en 2002 la primera posición la ocupaba Pichincha, que concentraba el 19,9% de la producción agraria del país, seguida de Guayas con un 14,7%, Los Ríos con un 12,3% y Manabí con un 8,8%. Por otra parte, vemos que en prácticamente todas las provincias de la Sierra la ganadería era el principal subsector, mientras que en las de la

Gráfico No. 1
Peso sectorial en la producción final agraria (%), año 2002¹³



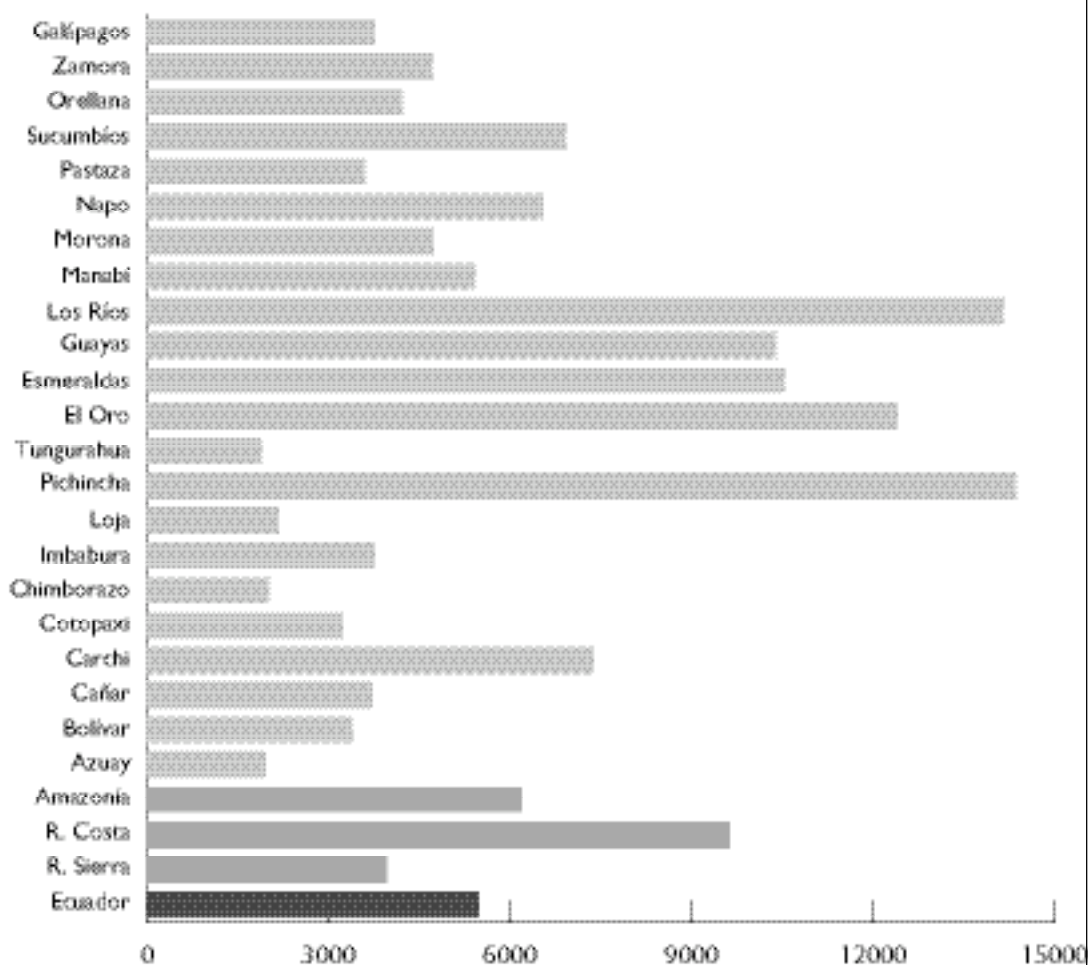
Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INEC, Proyecto SICA y FAO.

Costa esa situación la ostentaba la agricultura. En la región de la Sierra las actividades pecuarias alcanzaron el 61,1% del valor de la producción agraria, superando ampliamente a los ítems agrícolas que lograron un 33,8%; por el contrario, en la Sierra la agricultura conseguía el 73,1% y la ganadería “sólo” el 21,9%. El resultado de todo ello es evidente: las provincias de la Sierra concentraban el 69% del valor económico generado por la ganadería, mientras la Costa agrupaba el 65% del obtenido por la agricultura.

Estas cifras nos ayudan a dibujar un esbozo del sector agrario ecuatoriano que, como es fácil comprobar, se caracteriza por ser una realidad muy poliédrica. Dos índices más nos permiten completar esta visión de las disparidades territoriales. El primero mide la dimensión media de las explotaciones (producción agraria dividida por el número de unidades censadas), y pone de manifiesto cómo los valores más importantes se alcanzaban en la Costa con una media de \$9.640 por unidad de producción, superando a lo conseguido en la Sierra que fue de \$3.957 -la media nacional sería de \$5.485-; a escala provincial la primera posición la ocupaba Pichincha con \$14.365, seguida de Los Ríos con \$14.146, así como de El Oro, Guayas, Esmeraldas y Carchi. En el otro fiel de la balanza, la dimensión económica media más baja era la obtenida en Azuay con \$1.996 -siete veces menos que en Pichincha-, y en Tungurahua y Loja.

13 Este gráfico se elaboró en base a las producciones físicas agrícolas y ganaderas que se recogen en la estadística ESPAC del INEC (años 2002 y 2003), y a los precios percibidos por los agricultores por cada ítem agrario que aparecen tanto en la base de datos del Proyecto SICA como en la de la FAO. Para obtener el dato de producción final (es decir, las ventas fuera de la explotación, y que procede de sustraer a la producción bruta el reemplazo y el autoconsumo) hemos estimado el reemplazo a partir de los datos que proporciona el censo agrario del 2000 sobre destino de las distintas producciones agropecuarias.

Gráfico No. 2
Dimensión media de las explotaciones: producción final por unidad de producción agraria
(en dólares), año 2002



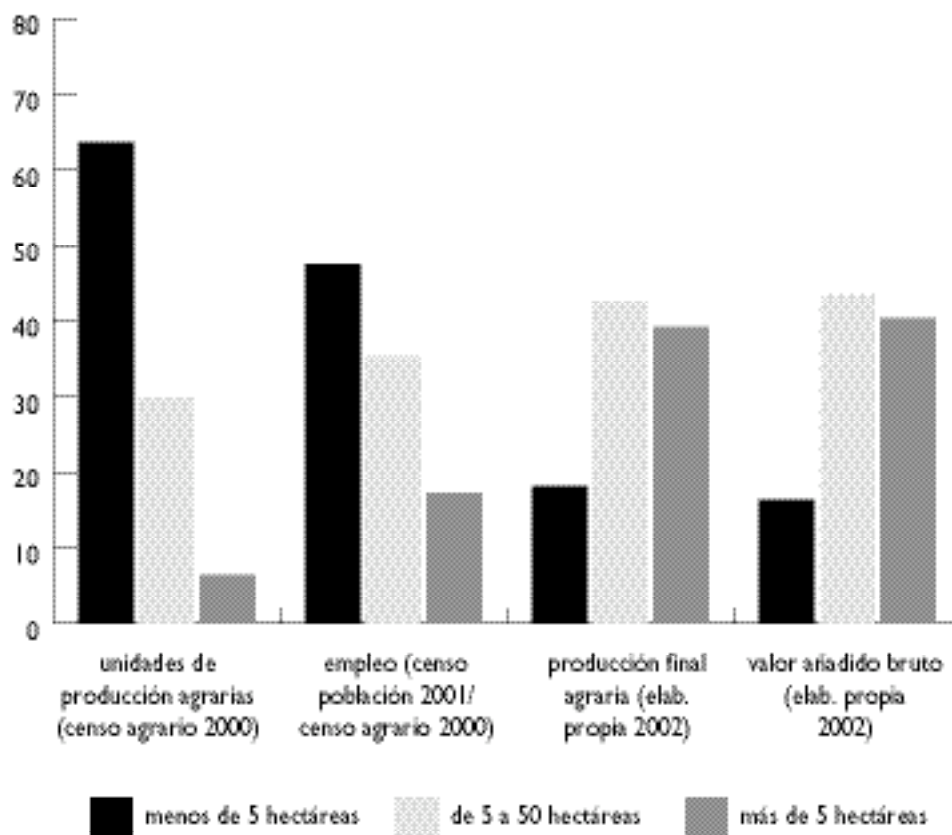
Fuente: Ibidem gráfico 1. Las unidades de producción agrarias (UPAs) son la contabilizadas por el censo agrario de 2000.

El segundo índice, mide la productividad (valor añadido dividido por el empleo detectado en el censo de 2001), e igualmente señala notables diferencias espaciales, puesto que en la Costa se llegaba a los 2.736\$ superando nítidamente los 1.917\$ de la Sierra. A pesar de ello, de nuevo Pichincha lograba el primer puesto en el ranking provincial de productividad agraria con 4.172\$, seguida de Los Ríos, El Oro, Esmeraldas y Guayas. En cambio, los ratios más bajos de productividad se situaban en Orellana con 985\$ -cuatro veces menos que Pichincha-, y también en

Tungurahua, Cotopaxi y Pastaza. Disparidades que se incrementarían espectacularmente, sin duda alguna, si analizásemos estos índices a escala parroquial.

Junto con estas disparidades territoriales –especialización y concentración de la actividad-, hemos de tener muy presente que como consecuencia de la existencia de unas estructuras agrarias desequilibradas –unas pocas grandes unidades disponen de la mayor parte de la tierra, del capital pecuario y de los medios de producción-, la distribución del valor económico generado por el sector agra-

Gráfico 3. Productividad del sector agrario: valor añadido bruto a precios básicos por empleo agrario (en dólares), año 2002



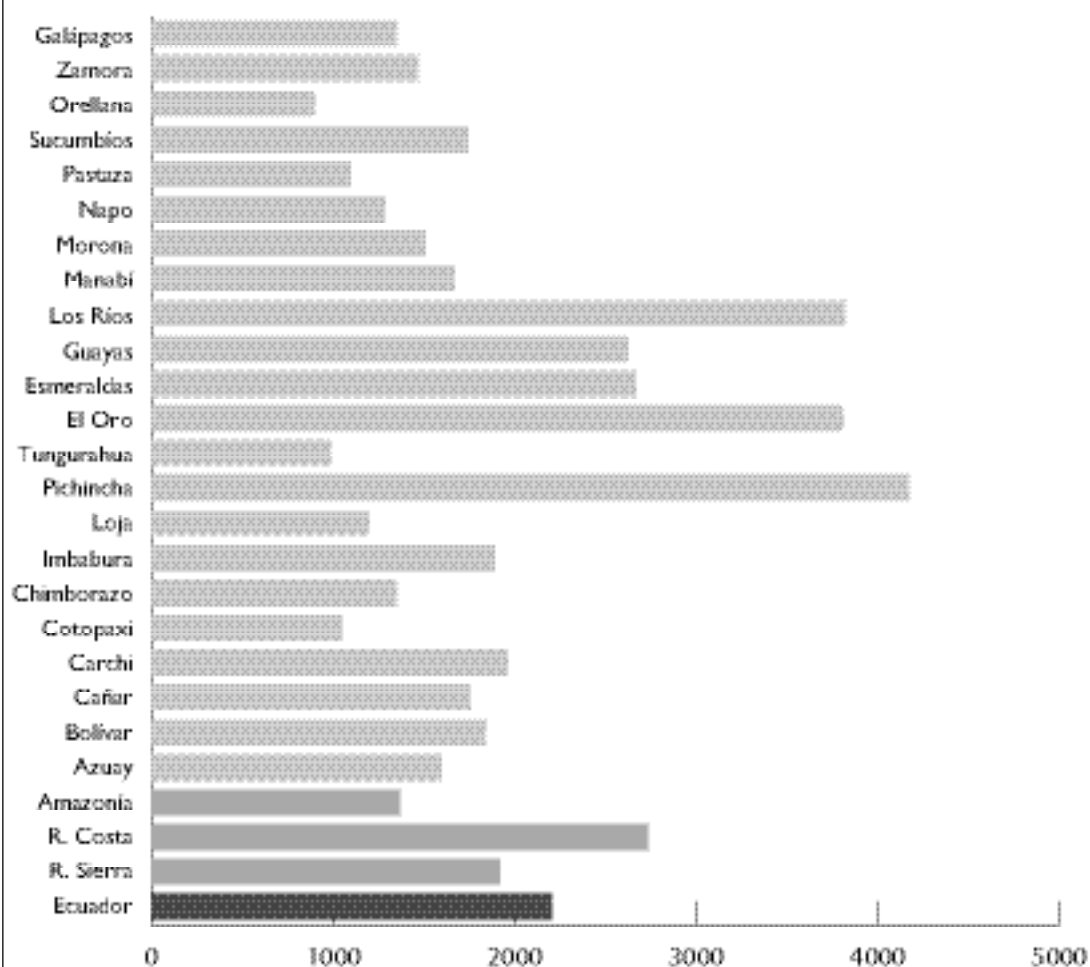
Fuente: Ibidem gráfico núm. 1. Número de empleos agrarios según el censo de población de noviembre de 2001.

rio entre las distintas unidades productivas también es profundamente injusta. El censo agrario de 2000 no recoge información de tipo económico, ante lo cual hemos procedido a distribuir los valores de producción para el año 2002 de todos los ítems agrícolas, ganaderos y forestales, teniendo en cuenta los datos de la distribución de cultivos, ganado y superficie forestal que aporta el censo agrario según la dimensión de cada explotación. Ello, evidentemente, no pretende ser más que una aproximación, dado que supone asumir que hay un rendimiento similar indistintamente del tamaño de la unidad de producción (en realidad esta estimación subvalora los resultados de las grandes explotaciones, lo que aún provocaría que el grado de concentración

fuese mayor). En todo caso, los resultados son nítidos y contundentes: las pequeñas explotaciones, aquellas que cuentan con menos de cinco hectáreas, que son el 63,5% del total, solamente concentraban el 18% del valor de la producción agraria; mientras que las grandes unidades, aquellas que superaban las cien hectáreas, que son el 6,4%, sumaban el 40% de la producción. De ello deducimos que las pequeñas explotaciones lograron una producción media de \$1.555 al año y las grandes rozaban los \$33.600, ¡veintidós veces más!

Huelga recordar que estamos hablando de producción, y que no hemos substraído ningún gasto; si lo hiciésemos deberíamos restar la adquisición de consumos intermedios, los gastos en reparación y amortización de

Gráfico No. 4
Distribución de las explotaciones, el empleo y la producción según el tamaño de las unidades de producción agraria, años 2000/2002 (%)¹⁴



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del ESPAC del INEC (2002, 2003), del SICA y la FAO.

14 El gráfico se elaboró a partir de los datos de producciones físicas agrícolas y ganaderas que se recogen en la estadística ESPAC del INEC (años 2002 y 2003), y de los precios percibidos por los agricultores por cada ítem agrario que aparecen tanto en la base de datos del Proyecto SICA como en la de la FAO. Para obtener el dato de producción final (es decir, las ventas fuera de la explotación, y que procede de sustraer a la producción bruta el reemplazo y autoconsumo) hemos estimado el reemplazo a partir de los datos que proporciona el censo agrario de 2000 sobre destino de las distintas producciones agropecuarias. Para la estimación del valor añadido hemos tenido presente los valores contabilizados de salarios, impuestos, amortizaciones y otros gastos que consigna la tabla input-

maquinaria y construcciones, los salarios, los impuestos directos que gravan la producción y los intereses del capital circulante. La conjunción de esta estimación y los datos de la tabla input/output de 1997 elaborada por el BCE (y que incorpora información al respec-

output de 1997 para cada gran subsector agrario y que ha elaborado el Banco Central del Ecuador. Las unidades de producción agrarias (UPAs) son contabilizadas por el censo agrario del 2000 y el empleo se basa en las cifras de ocupados del censo de población de 2001 y de los datos del propio censo agropecuario de 2000.

to), nos posibilita a hacer esa operación: el resultado es que los beneficios empresariales medios de una pequeña explotación estarían sobre los 723 dólares al año (unos \$60 al mes, por tener un punto de referencia) y en las grandes de 17.021 dólares. Se entiende, pues, más allá de insistir de que hablamos de cifras aproximativas, el por qué es cada vez más elevado el porcentaje de agricultores (o miembros de su familia) que dirigen esas pequeñas unidades y que buscan otros empleos (o otras fuentes de ingresos) en el mismo sector agrario o en otras actividades económicas¹⁵, convirtiéndose así en un mecanismo de proletarianización del agricultor familiar¹⁶, de *informalización* económico-laboral y de emigración hacia las ciudades ecuatorianas o hacia el

extranjero. Todos ellos, procesos que hunden sus raíces en la historia reciente del país pero que, sin duda, ahora se han acelerado y extendido. Asimismo, cabe reseñar que una de las grandes paradojas de todos estos valores e índices radica en que en realidad los más pobres de estas áreas rurales, que se dedican a la agricultura, no pueden en muchos casos asumir ninguna de esas estrategias adaptativas ni asumir las exigencias de productividad y rentabilidad del mercado capitalista, por lo que, sin recursos para costearse el proceso de emigrar, resulta que siguen permaneciendo (*sobreviviendo* las más de las veces) en el pequeño minifundio.

Un modelo agrario construido para exportar cuanto más mejor, pero ¿cada vez más barato? Otro efecto de la globalización

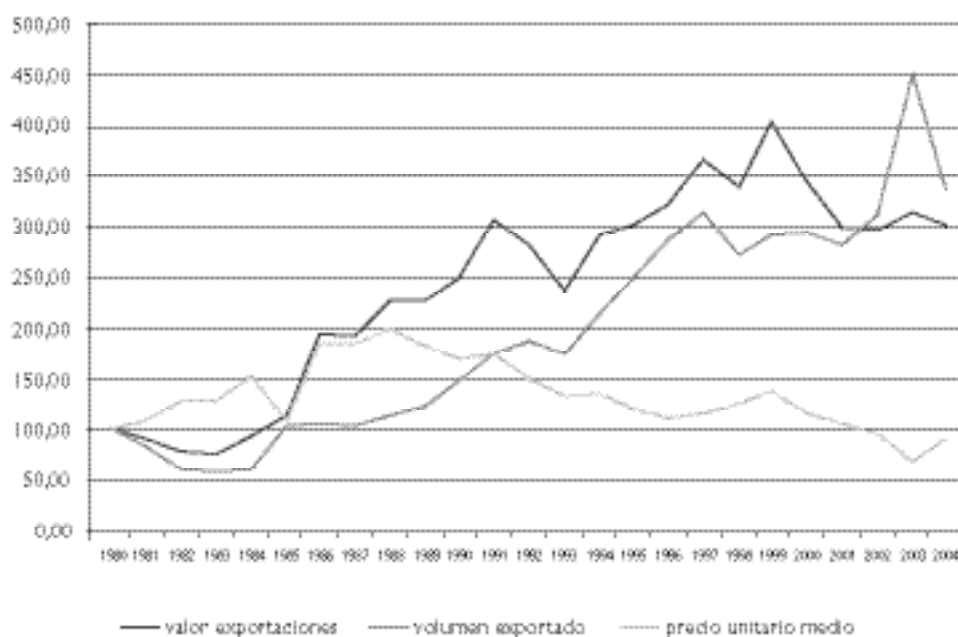
Una de las claves para entender cómo se ha construido históricamente el modelo agrario que en la actualidad es dominante en el Ecuador, estriba en reconocer como objetivo central del mismo la exportación de sus productos, ya que mediante ella, por una parte, se vehiculaba la inserción del campo ecuatoriano en el sistema productivo mundial y, por otra, se generaban mecanismos internos de acumulación de capital tanto en el campo como en las empresas que comercializaban o transportaban dichos productos. En este sentido, y teniendo en cuenta las tablas input/output elaboradas por el BCE, se exporta el equivalente al 40% de la producción agraria nacional. En la actualidad, el agro comparte esta *función* con las exportaciones de materias primas energéticas y con “la exportación de fuerza de trabajo” (que genera divisas a través de las remesas enviadas al país por sus emigrantes en el extranjero). No debemos obviar que las exportaciones agrarias supusieron en el año 2004 el 28% de las ven-

15 El censo agrario de 2000 reflejaba que el 42,9% de los productores agrarios con menos de 5 hectáreas compaginaban las labores agrarias con otros trabajos en el resto de sectores económicos (proporción que se incrementaba hasta el 57,9% en el caso de las unidades de menos de 1 hectárea); mientras que en las medianas y grandes explotaciones, con más de 50 hectáreas, ese índice se reducía hasta el 18%. En realidad, estamos convencidos de que todos estos valores, especialmente en las pequeñas unidades, están lejos de los valores reales, que son notablemente más elevados.

16 Martínez (2004) ya lo ponía de manifiesto en un más que interesante trabajo de investigación en el que abordaba las dinámicas rurales en el subtrópico ecuatoriano. Este autor detecta cómo se fuerza la vinculación con el mercado capitalista de las pequeñas explotaciones a través de la necesidad de cambiar los patrones de cultivos tradicionales por aquellos otros destinados a la exportación, e igualmente mediante el establecimiento de la producción bajo contrato. Ello ejemplifica, según este autor, que “estas dos modalidades señalan claramente un norte: el proceso de desestructuración de unidades campesinas que por una vía u otra vía quedan subsumidas al capital. Este proceso es similar al que sucede actualmente con mayor profundidad en los países capitalistas avanzados y que significa la transformación del farmer en proletariado (...). Lo que sucede para (...) USA, significa un proceso que se cumple entre los farmers más avanzados, aquí se da con campesinos que apenas llegan al umbral de la sobrevivencia, por lo mismo, más sujetos a las condiciones que impone el capital” (p.110). Aunque, como igualmente indica este autor, “no todos los productores se encuentran inmersos en esta lógica”.

Gráfico No. 5

El comercio exterior agrario ecuatoriano en la era de la globalización, 1980-2004
(índice año 1980=100, basado en dólares constantes del año 2000)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de comercio exterior agrario recogidos por la FAO, el MAG y el Banco Central del Ecuador, y las macromagnitudes económicas estimadas para el período 1980 al 2004 por el Banco Central del Ecuador y el Fondo Monetario Internacional. Incluye el total de los sectores agrarios, ganaderos, forestales y la industria agroalimentaria –no la pesca–.

tas totales al exterior del Ecuador, proporción que asciende hasta el 38% si añadimos los productos pesqueros y derivados¹⁷.

Si se examinan las series que recopilan los datos sobre la exportación agropecuaria y forestal del Ecuador, desde principios de los años ochenta hasta el último año del que disponemos de información, el 2004, podemos comprobar tres hechos substantivos: primero, en términos físicos, es decir, del volumen exportado, éste ha mostrado una tendencia al crecimiento muy vigorosa; segundo, el valor total de los bienes agrarios vendidos al exte-

rior igualmente ha registrado una trayectoria ascendente, aunque marcada por altibajos en los últimos años; y, tercero, se puede constatar una caída espectacular de los precios medios de los productos exportados.

En 1990 el volumen de bienes agrícolas, ganaderos, forestales y agroindustriales exportados por el Ecuador ascendió a 2.548.200 toneladas, mientras que en el año 2004 ese valor llegó a las 5.782.200 tm, un crecimiento del 127%.

Ello refrendaría, en principio, a aquellos de juzgan como positiva la actual liberalización de los mercados externos que se está desarrollando bajo el paraguas de la globalización¹⁸. En este sentido, el valor nominal de

¹⁷ Según los datos del MAG (2005), del total del valor de las exportaciones agrarias y pesqueras del Ecuador durante el año 2004, un 33,3% se dirigió a los EEUU, un 32% a la UE, un 9,9% a Rusia, un 5% a la Comunidad Andina y el 19,8% entre el resto de países del mundo.

¹⁸ El principal producto agrícola exportado por el Ecuador es el banano. En torno a él se ha extendido una cierta idea de que será en el medio plazo un pro-

los bienes vendidos al exterior pasó de los 824,1 millones de dólares del 1990 a los 2.101 millones del 2004, representando un aumento del 154%. Si correlacionamos ambos ítems, veremos que el precio medio ha crecido un 13,5%, yendo de los \$0,32/kg de 1990 a los \$0,36/kg del 2004. No obstante, y esta sería la otra cara de esta forma neoliberal de globalización, si deflactamos estos valores, convirtiéndolos en dólares constantes del año 2000, la situación cambia radicalmente. Así, el valor total de las exportaciones agrarias y agroalimentarias en estos tres quinquenios ha aumentado en un 34% -cuatro veces menos que el volumen físico vendido fuera-, mientras que el precio medio habría caído en un 40,7% (de \$0,40/kg a \$0,23/kg, entre ambas fechas). Dicha trayectoria, ciertamente, ha tenido una notoria incidencia en mermar aún

más la renta de los pequeños productores de banano, de otros frutos, de café o de semillas oleaginosas e, igualmente, ha propiciado una aceleración en el proceso de concentración empresarial desatado entre las empresas exportadoras de productos agrarios y agroalimentarios. A su vez, este último proceso comparte un reforzamiento de la capacidad de negociación de estas empresas en perjuicio de la que ostentan los pequeños y medianos productores agrarios.

Además, todos estos valores quedan igualmente mediatizados ante el hecho de que el 85,7% del volumen físico de las exportaciones agrarias y agroalimentarias ecuatorianas corresponde a las frutas -y de entre ellas, muy especialmente, al banano y los plátanos-; proporción que si hablamos en valores económicos es del 56,6%. Junto con este papel protagónico del banano, hemos de consignar la evolución seguida por la exportación de flores y plantones, que de apenas conseguir 18,1

ducto poco competitivo, dado que los precios del banano ecuatoriano son más elevados que los de otros países competidores, por lo que se debería tender a disminuir el precio de exportación del mismo para incrementar las posibilidades de exportación. Como muchos otros axiomas de la globalización éste es profundamente falaz. Según los datos de la FAO, Ecuador exportó en 2003 un total de 4.758.900 tm de banano a un precio de 0,231 dólares el kg. Ese mismo año, el conjunto de países de América Latina exportaron un total de 11.046.700 tm a un precio de 0,255 por kg, superior como vemos al ecuatoriano. Aún más, el principal competidor fue Costa Rica, que exportó unas 2.064.000 tm a 0,273 por kg, muy por encima del precio conseguido por el agro del Ecuador, y situándose a continuación otros "competidores" como Colombia con 1.552.700 tm a 0,274/kg y Guatemala con 1.018.700 tm a 0,230/kg. Fijémonos en esta cuestión desde otra perspectiva: ese mismo año el precio medio percibido por los agricultores por la venta a las empresas comercializadoras fue de 0,160/kg con un precio de exportación de 0,231/kg (la diferencia se debe a gastos operativos y al margen comercial de las empresas de comercialización); además, el banano importado por los Estados Unidos (el principal comprador) costó a 0,346/kg (un incremento del precio debido a impuestos y aranceles y a los gastos y márgenes comerciales de las empresas de transporte y de importación/comercialización). Desde este punto hasta el establecimiento minorista donde el consumidor adquiere el banano este precio se multiplica por siete. En otras palabras, en el precio

final que paga el consumidor estadounidense solamente el 6,5% es el precio percibido por el agricultor ecuatoriano que ha obtenido en su finca el banano. Dado los estrechos márgenes comerciales que se manejan en las distintas fases de la cadena agroalimentaria y sobre todo en la distribución comercial, estas empresas (de grandes dimensiones) presionan para reducir costes, especialmente sobre dos ítems, el coste laboral y el precio de la materia prima -el banano en nuestro caso-. Tal vez esto explique mucho más la globalización. Cabe otra apreciación: el precio percibido por el agricultor ecuatoriano en términos reales -deflactado- se ha reducido sensiblemente en estos últimos lustros y, en cambio, el coste de la vida se ha incrementado fuertemente, ante las dificultades para aumentar la producción de las pequeñas unidades agrarias y la práctica inexistencia de ayudas públicas. Todo ello coadyuva indefectiblemente a una situación de crisis permanente de viabilidad de la pequeña producción de bananos. No sucede así con la gran explotación de bananos que sí puede asumir esa evolución de los precios al disponer de un volumen y de escala de producción muy elevados y al poder intentar disminuir su principal ítem de gasto: el salario de sus operarios (además su capacidad de negociación con la empresas exportadoras es, evidentemente, mucho mayor). Está claro, pues, quién gana y quién pierde con la globalización, en este caso.

millones de dólares en 1990, han alcanzado los 340,6 millones en 2004, representando ya 16,2% de las exportaciones agrarias del Ecuador. Asimismo, otros dos ítems lograban en el 2004 valores significativos: el cacao y elaborados con \$82 millones y los productos forestales con \$94 millones.

Otro aspecto que los gestores de las políticas agrarias y comerciales del Ecuador no debieran perder de vista estriba en que, a pesar de que la balanza comercial agraria –sin contar la pesca– es ampliamente positiva (en 1990 alcanzó los \$654,5 millones y en 2004 se lograron \$1.123,1 millones), se está produciendo una penetración creciente de bienes agrarios e industriales relacionados con la actividad agropecuaria. En efecto, en 1990 las importaciones equivalieron al 20,5% de las exportaciones, mientras que en 2004 esa proporción era ya del 46,5%.

Conclusión: más incertidumbres (riesgos) que potencialidades para el agro ecuatoriano ante la globalización

Es probablemente cierto que el proceso de globalización, como estadio actual de desarrollo del capitalismo, es un fenómeno difícil de frenar, y más cuando se ha producido un triunfo evidente de las tesis neoliberales tanto en el plano académico como sobre todo en el político. También es cierto que esa globalización es un proceso multiforme que, a su vez, genera una pléyade de respuestas y estrategias adaptativas igualmente muy heterogénea y con protagonistas y resultados muy dispares. Es en ese contexto en el que cabe situar la “confrontación” o interrelación desequilibrada entre lo *local* (en nuestro caso, tanto el sector agrario ecuatoriano en general, como los distintos espacios socioproductivos que lo componen) y lo *global* (definido en este caso por el mercado mundial de productos y materias primas agrarias, el sistema agroalimenta-

rio jerarquizado por el papel central que desempeñan las grandes corporaciones multinacionales industriales y de distribución comercial, y los intereses de la industria de insumos para la agricultura y la ganadería). Dicha “confrontación” entre el mundo agrario –y el rural- *local* ecuatoriano y el *global* se vehicula a través de la inserción de las actividades productivas, de las relaciones sociales y de las instituciones que estructuran ese mundo local con el sistema económico-político del propio Ecuador, en primer lugar, y con el mundial, después. Dadas las estructuras y escala productiva, el nivel de productividad y de rentabilidad, y el grado de acceso a la información, la tecnología y al capital que caracteriza al agro ecuatoriano, y en relación a esos mismos parámetros pero referidos a los países centrales del sistema (América del Norte, Europa Occidental y Japón), esos flujos de relaciones de todo orden *forzosamente* tienen que ser desequilibrados y favorables para estos últimos países. La historia reciente del campo ecuatoriano, como hemos podido comprobar en estas dos últimas décadas de globalización neoliberal, así lo ponen de manifiesto.

Entre 1980 y 2005, el sector agrario ecuatoriano ha dibujado una trayectoria marcada por cuatro hechos: el primero estriba en la consolidación de unas estructuras que siguen siendo muy desequilibradas social y territorialmente –y que, pese a la emigración intensa de los últimos años, se ve presionada por un aumento de la población activa agraria–; el segundo constata una ralentización del crecimiento de la frontera agrícola, un aumento de las tierras dedicadas a pastos, una reorientación en las tierras cultivadas en beneficio especialmente de ítems exportadores o de demanda masiva urbana, y un incremento considerable de la actividad ganadera; el tercero señala una notable alza de la producción física tanto de bienes agrícolas como pecuarios, lo que ha ido indefectiblemente unido a un significativo

decrecimiento de los precios percibidos por los agricultores en términos reales (de la capacidad de compra que generaran, por lo tanto); y el cuarto refleja una notable expansión de las exportaciones agrícolas -especialmente de frutas y de flores-, aunque igualmente ello ha sido posible merced a una sensible disminución de los precios unitarios de los bienes agroalimentarios vendidos al exterior.

Estos rasgos nos ayudan a esbozar el reciente devenir del agro ecuatoriano en la era de la globalización. De la misma forma, si a ellos les añadimos la inestabilidad casi permanente que ha caracterizado el escenario económico y el institucional del Ecuador en ese mismo período, y la práctica inexistencia de políticas agrarias y/o generales que realmente tengan un impacto positivo sobre las rentas de los agricultores, todo ello coadyuva a que la pobreza mayoritaria de los agricultores -y del conjunto de moradores rurales- siga siendo la principal consecuencia del modelo agrario ecuatoriano -en cierta forma se convierte en un elemento consustancial al mismo-. Esta situación está comportando que los agricultores y sus familias, especialmente aquellos que tienen muy poca tierra o ganado, o los que directamente son asalariados sin medios de producción propios, estén reforzando una serie de *estrategias adaptativas, algunas de las cuales comenzaron a aparecer en el mismo momento en el que se introdujeron las relaciones capitalistas en el agro ecuatoriano, si bien ahora se han complejizado, intensificado y extendido*. Entre ellas cabe destacar la reorientación de cultivos y ganados, un creciente uso de insumos industriales y de recursos tecnológicos -si se puede conseguir financiación-, el asociarse en pequeñas cooperativas y/o integrarse en movimientos sociales organizados de amplia base, el establecer vínculos con ONGs y agencias internacionales de desarrollo para captar recursos o tecnología, el trabajar en otros sectores económicos para diversificar las fuentes de ingresos, o la emigración a la ciu-

dad o al extranjero como un mecanismo de generación de capital vía exportación de "mano de obra". Sin embargo, más allá de esas estrategias, y más allá de los discursos oficiales, la tozuda realidad es que para el sector agrario del Ecuador la globalización neoliberal supone -está suponiendo ya- muchas más incertidumbres que potencialidades (hay muchos más perdedores que ganadores).

Estas incertidumbres deben interpretarse como *riesgos* de que esta inserción tan dependiente y desequilibrada en un mercado cada vez más mundializado provoque una disminución substantiva de los ingresos reales de numerosas explotaciones agrarias familiares y ello, a su vez, acentúe la deestructuración del sector y agudice las tensiones sociales en el campo de este país andino¹⁹. Las alternativas no son muchas, pero creemos que deben ser exploradas. En este sentido podríamos señalar tres ejes de actuación: el primero estribaría en establecer consensuada y democráticamente una política agraria global en el Ecuador, bien financiada y medioplacista, que abarque desde las acciones encaminadas a mejorar los desequilibrios en las estructuras agrarias y en la distribución de los medios de producción, hasta el control de los precios (vía intervención en el mercado, fijación de precios percibidos mínimos, promoción de productos y técnicas, uso de los aranceles), pasando por el control de la calidad de los productos obtenidos/vendidos/distribuidos, el apoyo decidido a la creación y expansión de cooperativas y del asociacionismo agrario, y llegando a establecer una política de sustento de rentas de

19 Korovkin (2005) ha señalado cómo la eclosión de la producción de flores (verdadero referente sectorial de aquellos que defienden las bonanzas de la inserción del agro ecuatoriano en el mercado bajo parámetros neoliberales) es cierto que ha creado oportunidades de empleo, pero no ha logrado que los pobres rurales crucen la línea de la pobreza. Asimismo, esta autora pone de manifiesto que este tipo de empleo (y de relaciones sociales que se derivan, añadiríamos nosotros) en este sector ha socavado las redes

los agricultores. El segundo se centraría en establecer/promover/participar en un proceso de integración comercial, económica y política a nivel regional, que vaya mucho más allá de los timoratos acuerdos de la Comunidad Andina o de los perjudiciales (para el Ecuador, claro está) acuerdos del TLC, y en los que el sector agrario debería tener un papel esencial. El tercer eje, creemos, debería situarse en articular una política de planificación y ordenación territorial en el Ecuador, que fije como objetivos prioritarios la vertebración espacial del país, la disminución de los desequilibrios socioeconómicos e infraestructurales de los distintos territorios y el aumento generalizado de los niveles de bienestar social. Dentro de esa política general deberíamos situar una política de desarrollo rural, que promueva alternativas económicas sustentables en los espacios rurales ecuatorianos. Estos son los riesgos pero también los retos de la globalización.

Bibliografía

- Barsky, O., 1984, *Acumulación campesina en el Ecuador*, FLACSO-Ecuador, Quito.
- Brass, T., editor, 2003, *Latin American peasants, Library of Peasant Studies* no.21, Frank Cass, Londres.
- Bretón, V., 2003, "Desarrollo rural y etnicidad en las Tierras Altas del Ecuador", en V. Bretón y F. García, editores, *Estado, etnicidad y movimientos sociales en América Latina. Ecuador en crisis*, Icaria, Barcelona, pp.217-256.
- Bryceson, D., Kay, C., Mooji, J., editors, 2000, *Disappearing peasantries? Rural labour in Africa, Asia and Latin America*, ITP, Londres.
- CEPAL, 2005, *Tendencias y desafíos de la agricultura, los montes y la pesca en América Latina, 2004*, Santiago de Chile.
- Chiriboga, M., 1988, "La reforma agraria ecuatoriana y los cambios en la distribución de la propiedad rural agrícola de 1974-1985", en Gondard, P. et al, coordinadores, *Transformaciones agrarias en el Ecuador. Geografía básica del Ecuador*, Geografía Agraria, IPGH-CEDIG-Orstom-IGM, Quito.
- FAO, 2004, *Tendencias y desafíos en la agricultura, los montes y la pesca en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile.
- García Pascual, F., 2003, "El ajuste estructural neoliberal en el sector agrario latinoamericano en la era de la globalización", en *European Review of Latin American and Caribbean Studies* No. 75, pp.3-30.
- INEC/MAG/Proyecto SICA, 2002, *III Censo Nacional Agropecuario. Resultados Nacionales y Provinciales*, Quito.
- Jordán, F., 2003, "Reforma agraria en el Ecuador", en *Seminario Internacional, Resultados y perspectivas de las reformas agrarias y de los movimientos indígenas en el Ecuador*, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.
- Kay, C., 1995, "Rural development and agrarian issues in contemporary Latin America", Weeds, J. -ed-, *Structural adjustment and the agricultural sector in Latin America*, Macmillan, Londres, pp.9-44.
- Korovkin, T., 2005, "Creating a social wasteland? Non-traditional agricultural exports and rural poverty in Ecuador", en *European Review of Latin American and Caribbean Studies* No. 79, pp.47-68.
- MAG/Proyecto SICA, 2003, *El productor agropecuario y su entorno*, Quito.
- MAG (2004, *Las negociaciones agropecuarias para un TLC Ecuador/USA*, Quito.
- Martínez, L., 2002, *Economía política de las comunidades indígenas*, Abya Yala, Quito.
- Martínez, L., 2004, *Dinámicas rurales en el subtrópico*, CAAP, Quito.
- Murmis, M., 1994, "Incluidos y excluidos en la reestructuración del agro latinoamericano", en *Debate Agrario* No. 18.
- North, L., Cameron, J., editores, 2004, *Rural progress, rural decay: neoliberal adjustment policies and local initiatives*, Kumarian Press, Bloomfield.
- Petras, J., Veltmeyer, H., 2003, "The peasantry and the State in Latin America: a troubled past, uncertain future", en Brass, T., editor, *Latin American peasants*, Frank Cass, Londres, pp.41-82.
- Rosenzweig, A., 2005, *El debate sobre el sector agrario en el Tratado de Libre Comercio*, CEPAL, Santiago de Chile.
- Rubio, B., 2001, *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, Plaza y Valdés Editores, México DF.
- Santana, R., 2000, "Globalización de la economía y campesinado serrano: un análisis en tres dimensiones", en Martínez, L., compilador, *Estudios Rurales*, FLACSO-Ecuador, Quito, pp.151-168.
- Whitaker, M., editor, 1996, *Evaluación de las reformas a la política agrícola en el Ecuador*, IDEA, Quito.